

B1658
L32



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

EL GOBIERNO REPRESENTATIVO

I

Utilidad de las verdades desagradables.

La comparación de Shakspeare acerca de la adversidad,

que como el sapo, feo y venenoso,
lleva, sin embargo, una piedra preciosa en su cabeza,

puede aplicarse también con exactitud á muchas verdades desagradables. Apesar de lo repulsiva que es la impresión que nos causa todo hecho que destruye alguna ilusión querida, no tardamos en ver, sin embargo, que en este hecho se contiene el germen de alguna creencia saludable. La experiencia individual mostrará á todos, ejemplos de opiniones largo tiempo rechazadas, por estar en aparente contradicción con cuanto se estimaba como justo y bueno, y que imponiéndose al cabo con fuerza irresistible, trajeron abundante cosecha de beneficios. Tal ocurre con el conocimiento de nosotros mismos; si mucho nos disgusta confesar nuestras propias faltas, más aún nos complace conocerlas y defendernos de ellas, en vez de ignorarlas. Sucede lo mismo con el cambio de creencias: el razonamiento que mina la superstición, nos alarma primeramente; pero las convicciones que engendra son bien pronto miradas como

más sanas que las precedentes. Y por igual manera se forma nuestra educación política: acabamos, en efecto, por dar las gracias á los que destruyen los castillos en el aire que nos forjáramos, no obstante que, al principio, los considerásemos como odiosos antagonistas. En fin, y sin contar con la ventaja de que es siempre preferible vivir en la verdad á alimentarse del error, acontece que más ó menos pronto llega á comprenderse que los hechos que antes nos repugnaran, forman parte de un ideal más perfecto, más rico en belleza que el desechado. La realidad supera al sueño. Entre los muchos ejemplos que pudiéramos citar, nos limitaremos á señalar algunos.

Es convicción cuasi universal en Inglaterra, que nuestro procedimiento legislativo posee todas las virtudes. La frase desgraciada del príncipe Alberto: «el Gobierno representativo está á la prueba», se considera como una heregía; creemos que la prueba terminó mucho tiempo há, y que ha sido de todo en todo favorable. Parte por ignorancia, parte por influencia de la educación, parte por causa del patriotismo, que induce á pensar á los naturales de un país que nada hay mejor que las instituciones de éste, es el caso que creemos firmemente en la superioridad de nuestra organización política. Sin embargo, es indudable que no carece de graves defectos. Una crítica imparcial descubriría vicios que, al parecer, le son inherentes: y á prestar asenso á los defensores del absolutismo, estos vicios le despojarían de todas sus ventajas.

Ahora bien, en vez de negar estas acusaciones, ó de cerrar los ojos ante ellas, sería mucho más cuerdo examinarlas sinceramente para ver si son exactas, y en caso afirmativo, deducir las consecuencias oportunas. Si, como es creencia general, el gobierno representativo supera en condiciones á todos los demás, podemos oír con paciencia los reproches de sus adversarios, porque carecerán de fundamento, ó si algún valor tienen, nunca será el bastante

para oscurecer los méritos esenciales de aquel gobierno. Estemos seguros de que si nuestro sistema político es tan bueno, la controversia pondrá á luz más clara sus beneficios y nos hará comprender mejor su naturaleza, sus medios y sus fines. Prescindamos, pues, por un momento de todo prejuicio, y colocándonos en el punto de vista de los enemigos del sistema, discurremos acerca de sus muchos defectos, deficiencias y absurdos.

II

Crítica del Gobierno representativo.

¿No es claro, ante todo, que una corporación, compuesta de multitud de personas, diferentes en carácter, educación y aspiraciones, pertenecientes á clases más ó menos antagónicas en ideas y sentimientos, y que están influídas por las opiniones particulares del colegio que las nombra, no es claro, repetimos, que semejante corporación ha de ser un mecanismo bien incómodo para la dirección de los asuntos públicos? Cuando concebimos una máquina, que ha de ejecutar cierta operación, cuidamos de que sus partes sean las menos posibles; que estén adaptadas cada una á su fin especial; que se hallen sólidamente unidas, y que cooperen á la obra común sin rozarse demasiado. La construcción de nuestra máquina política obedece precisamente á los principios opuestos. Sus ruedas son tantas, que su número excede, en verdad, los límites de lo razonable. Ni son propias, ni se las elige para una función especial: por el contrario, la mayor parte de las veces, se prescinde del fin que han de llenar. Nadie se cura de que ajusten bien; lejos de ello, su disposición es tal que no pueden ajustarse: y como consecuencia, cada una va por su lado, hecho que salta á la vista de todo el mundo. Ciertamente, si el problema hubiera sido entorpecer y dificultar la marcha